

lios celestiales, resplandezcáis con los ejemplos de la vida sacerdotal, y el brillo de todas las virtudes, para la salud del Rebaño de Cristo. Caiga sobre vosotros sin tardanza esta gracia de bendición, y clementemente os inspire todos los días de vuestra vida, para que se encuentren en Vosotros días llenos, llenos de santidad y de justicia, llenos de frutos de obras santas, en las cuales se contienen nuestras verdaderas riquezas y nuestra gloria. Así Nos acaecerá felizmente el que, terminada la carrera de nuestra mortal peregrinación, no temamos decir con el Profeta Rey el último día de Nuestra vida: Me he regocijado de las cosas que se me han dicho, iremos á la casa del Señor, y podremos confiar en que se nos abrirán de par en par las puertas para penetrar en el Monte Santo de Sión, la Celestial Jerusalén."

Al pronunciar el Padre Santo las últimas palabras alusivas á su muerte, que ¡ay! no puede estar muy lejos, á pesar de su robusta y buena salud, su voz se conmovió, y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Quién podía resistir á tan tierno espectáculo? A duras penas pudieron comprimir los sollozos los augustos miembros de la sagrada Asamblea.

Prestaron luego el juramento, uno por uno, los *oficiales* del Concilio, á saber, los *Custodios*, el secretario, subsecretario, y sus dos ayudantes, los notarios y sus ayudantes, los encargados del escrutinio de los votos, los promotores, los maestros de ceremonias, y los encargados de señalar los lugares y guardar el orden. Este juramento se refiere á cumplir cada uno con sus deberes, y á guardar *inviolable secreto* sobre todo lo que se hará en el Concilio. Este secreto lo tienen igualmente los Obispos.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Primera sesión.—Ceremonia de la obediencia.—Alocución del Padre Santo.—

Primeros Decretos.

Ha llegado la deseada mañana del 8 de Diciembre de 1869, día para siempre memorable en los fastos de la Iglesia, temido por los impíos, ansiado por los buenos. No hay rastros de ese hermoso cielo de Italia tan ponderado; la lluvia cae á torrentes, las calles están cubiertas de fango, la aurora parece que se niega á asomar. . . . el infierno irritado, ya que no pudo impedir el Concilio, hace esfuerzos por quitar todo el lucimiento que se espera á su inauguración. ¡Todo en vano! Aún no suenan las cinco, y ya una multitud aguarda que se abran las puertas de la Basílica de San Pedro, y se precipita dentro, á apoderarse de algún lugar donde pueda presenciar algo siquiera del grande espectáculo que se prepara. Una hilera no interrumpida de personas de todas clases de la sociedad, de todos los países y de diversas cataduras, cubre cada calle de las que conducen al Vaticano. . . . Han sonado las siete. . . . Es tiempo ya que los Obispos se vayan acercando. . . . la cita es á las ocho y media. ¡Mirad en efecto! En cada carruaje de esa larga hilera van hasta dos y tres Obispos, unos con lacayos de soberbias libreas, otros con más humilde cortejo.

¿Pero qué? ¿Son Obispos esos cuatro personajes de traje morado y cordón verde en el sombrero, que avanzan en ese raquítico *coche-simón*, cuyo *número* y condición no puede ocultarse? Son sin duda grandes prelados, pero sin recursos para pagar el elevado precio de los carruajes decentes, en las actuales circunstancias. Y como estos hay muchos. . . y mirad más allá á aquel pobre Obispo oriental que camina á pié bajo la incesante lluvia. . . . y aquel otro cuyo traje lo revela de

origen francés, cuya barba crecida nos lo da á conocer como vicario apostólico de alguna región del Asia.

Está henchida de gente la inmensa plaza de San Pedro. Las carrozas de los Cardenales dan la vuelta, y penetran al interior del patio principal del Palacio Apostólico; las de los Obispos tienen que pararse frente á la puerta que conduce á la escalera llamada Regia. Les está asignada como *aula paramentorum* la larga galería que sirve de museo lapidario; pero no les basta, es un pueblo de Obispos. En los corredores, en los vestíbulos, en las escaleras empiezan los prelados á revestirse á toda prisa, y adornados de capa pluvial de color blanco, y de mitra sencilla de cándido lino, se dirigen, sin familiar, ni compañero, á la capilla sobre el pórtico de la Basílica, donde los aguardan para colocarlos en orden, los camareros de Su Santidad designados al efecto. Tarda esta colocación más de lo que puede creerse. ¡Eran seiscientos, más de seiscientos!

Pero hé aquí que llega Pío IX, el gran Pío IX custodiado por su vistosa guardia noble y rodeado del Senado romano y de su córte. Se reviste de sus augustas vestiduras ricamente recamadas, y entona con voz sonora el *Veni Creator Spiritus*, que prosiguen con suave acento los cantores pontificios.

¡La procesión ha empezado! Por la indescribible *Escalera Regia* desciende el numeroso y lucido cortejo, y por la puerta principal entra en la Basílica. Forma valla de ambos lados el numeroso y lucido clero de la Eterna Ciudad. Allí los franciscos y capuchinos con sus humildes y respetables sayales; allí los camaldulenses con su blanca y majestuosa cogulla; allí otros mil órdenes religiosos, todos diversos, y sin embargo unos en su esencia; todos con diferentes insignias, pero con uno y el mismo espíritu. Allí están los cabildos de varias colegiadas, de las Basílicas menores y mayores, y dentro ya del templo y junto al altar papal, los canónigos de las tres Basílicas Patriarcales con sus venerandas insignias.

Por en medio de esta valla, sin igual en el mundo, van pasando de dos en dos, precedidos por el batidor pontificio, los miembros de la familia papal, los cantores de palacio y esa larga interminable serie de cerca de setecientos mitrados que van poco á poco colocándose en sus asientos respectivos dentro del aula conciliar.

El aula conciliar ocupa todo el brazo derecho de la inmensa cruz

formada por la gran Basílica. Constituiría por sí sola un gigantesco templo. Una inmensa pared, cerrada por una gran puerta, todo en perfecta armonía con la arquitectura general, la separa del resto del templo; solo la bóveda es común, los escaños de los Obispos unos más altos que otros, se elevan por ambos lados con reclinatorios—mesas por delante, en siete órdenes distintos, y vienen á unirse junto al trono del Papa que se ostenta majestuoso en el fondo. En el centro está el altar; un poco delante de éste se levanta el púlpito ó cátedra, que cuando no está en actual uso se retira para que quede el aula más despejada. Frente á unas mesas colocadas no lejos de los escalones de la plataforma en que se eleva el trono, se sientan el secretario y subsecretario, los notarios y demás adjuntos á la secretaría y notaría, entre los cuales se cuentan esta vez los taquígrafos; allí hay bancos movibles para los demás oficiales del Concilio. Una tribuna está reservada para los personajes reales, otra para el cuerpo diplomático, y sobre éstas hay otras desde donde pueden gozar de las sesiones públicas los teólogos Pontificios y episcopales.

Ya ha entrado Pío IX, ya ha empezado la misa solemne que canta el Cardenal Patrizi, Vicario general de Su Santidad. Se está entonando el himno angélico, el *Gloria in excelsis*, y por primera vez, mientras el coro acaba sus suaves concetos, se sientan todos, y se contempla el espectáculo de ese inmenso pueblo mitrado, formando corona en derredor del Pontífice Máximo.

Allí está Pío IX en el fondo; á su derecha, en pie, el Senado, los príncipes asistentes al solio, las grandes dignidades seculares de la córte. A los piés del Pontífice y en derredor del sacro solio, se sientan una multitud de prelados de su córte; solo faltan los Obispos condecorados con el honor de Prelados Domésticos y asistentes al solio Pontificio: ahora no hay distinción y todos se sientan entre sus hermanos.

A diestra y siniestra del Obispo de los Obispos, están sobre elevados escaños los Cardenales de la Santa Iglesia Romana. Siguen luego los Patriarcas, los Primados, los Arzobispos y los Obispos por el orden de su preconización, y por último, en asientos de orden diverso, los abades mitrados, y los generales de órdenes religiosas. A los procuradores de Obispos ausentes no se ha querido dar lugar en el Concilio. La puerta está abierta, custodiada por la guardia noble de Su Santidad, y por los caballeros de Malta que han solicitado este honor, todos en ri-

guroso uniforme de gala. El pueblo que procura ver desde fuera, es numerosísimo.

La misa continúa con el majestuoso ceremonial que sólo se ve en la Basílica Vaticana, y al terminar ésta, sube al púlpito, con las ceremonias prescritas, el que ha de predicar el sermón de inauguración. ¡Cuánto había yo deseado oír este sermón! En otro tiempo había escuchado al mismo orador, entonces simple capuchino y predicador apostólico, y con ansia suspiraba yo por volver á gozar de su elocuencia en esta solemnísimas ocasión. ¡Ya se me va á cumplir mi vehemente deseo! ¡Ya sube á la cátedra! ¡Ya empieza á derramar esos torrentes de facundia que sólo de sus labios emanan! ¡Oh felicidad!

Su barba antes rubia, está hoy encanecida y todavía más majestuosa que cuando el que es ahora arzobispo y se llama Monseñor Passavalli, había perdido su apellido, conforme á su regla, y se conocía bajo el nombre de Fray Luis de Trento. La blanca mitra da más dulzura á su apacible semblante, y la capa pluvial de tela de plata añade mayor majestad á su noble continente. ¡Qué voz tan sonora, qué dulce pronunciación, que bellos ademanes! Sabe sacar ventaja en su exordio hasta de la circunstancia de haber nacido en la ciudad en que se celebró el último concilio ecuménico. "*Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua, venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos.*" hé aquí el tema del sin igual discurso de inauguración.

¡Ya estamos en la primera sesión del Concilio Vaticano! Las preces, letanías y demás ceremonias, se verifican conforme al *Ordo* publicado de antemano. Pero ¡cuán diferente el presenciarlas y leer tan sólo la narración de lo acaecido! Todos los Obispos del Orbe católico invocando arrodillados el auxilio del Espíritu Divino; la Iglesia militante representada por sus Jefes y augusta Cabeza, con los ojos elevados al cielo, llamando uno á uno á los gloriosos miembros de la Iglesia triunfante. . . . ¡Oh! ¡Este es un espectáculo único! . . . Renuncio á describirlo.

Pero no puedo menos que detenerme un momento á hablar de la solemne ceremonia de la *obediencia*. Sentado el sumo Pontífice en su trono, vienen uno á uno los Cardenales, los Patriarcas y Primados, Arzobispos y Obispos, y en señal de sumisión y obediencia, besan los primeros la mano, los demás la rodilla de su augusto y santísimo Jefe. Este es uno de los actos más sublimes que puedan imaginarse; verda-

dera representación de la unidad de la Iglesia, *una*, sujeta á su Cabeza suprema, y al mismo tiempo *circumdata varietate*. Allí se humillan todas las grandezas de la Iglesia ante la grandeza sin rival del Vicario de Jesucristo. Allí le rinden homenaje al sucesor de San Pedro, aun los que como Monseñor Maret y Monseñor Dupanloup quieren arrancarle una de sus más bellas y esenciales prerrogativas. Allí van á humillarse ante el Obispo de Roma hasta los Patriarcas orientales, que han renunciado á grandes ventajas terrenas que podían partir con sus compatriotas, por conservarse unidos á la Silla de Pedro, baluarte de la verdad. Allí los grandes Arzobispos-Príncipes de Austria, se inclinan al par que los Prelados de las remotas repúblicas de América ó de las misiones del Asia. ¡Oh! No puedo menos que exclamar una y mil veces: ¡qué bello espectáculo! Bello á los ojos del entendimiento; bello también á los ojos del cuerpo. ¡Cuánto agrada el ver la grata uniformidad de las mitras blancas y capas pluviales latinas, interrumpida aquí y allí por las coronas de plata y oro, los trajes de diversos colores, los gorros y velos recamados de los griegos, armenios y demás orientales! ¡Cuál resaltan junto al blanco y limpio rostro de un obispo del Norte, la tez morena, largos rizos y crecida barba de algún asiático! Si algo puede darnos una idea del glorioso espectáculo visto por San Juan en el Apocalipsis, es ciertamente esta gran reunión de la Iglesia militante.

Son ya casi las tres de la tarde: el Padre Santo fatigado se retira un momento. Vuelve á poco y pronuncia sentado, con voz tan sonora que verdaderamente sorprende á su avanzada edad, con sublime gesto y con emoción visible, la siguiente alocución.

ALOCUCIÓN

DIRIGIDA EN LA BASÍLICA VATICANA POR NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PÍO
 POR LA DIVINA PROVIDENCIA PAPA IX, EL DÍA 8 DE DICIEMBRE
 DE 1869, Á LOS OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO CONGREGADOS
 EN CONCILIO ECUMÉNICO PARA COMENZAR ESTE
 MISMO SAGRADO CONCILIO.

Venerables Hermanos:

En gran manera nos gozamos de habérsenos concedido por un insigne y singular beneficio de Dios, lo que pedimos en todos nuestros votos y oraciones al mismo Dios, que pudiésemos celebrar el Concilio Ecuménico que habíamos convocado. Y así salta de gozo nuestro corazón en el Señor y está lleno de increíble consuelo, porque en este tan deseado día consagrado á la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios y siempre Virgen María, nuevamente y en mayor número que otras ocasiones, os vemos presentes en este alcázar de la Religión católica, á Vosotros que habéis sido llamados á tomar parte en Nuestra solicitud, y gozamos de Vuestra gratísima presencia.

Mas Vosotros ahora, Venerables Hermanos, asistís congregados¹ en el nombre de Cristo para que juntamente con Nós déis testimonio de la palabra de Dios y testimonio de Jesucristo;² juntamente con Nós enseñéis el camino de Dios en verdad á todos los hombres;³ y juntamente con Nós, siendo guiados por el Espíritu Santo,⁴ déis vuestro fallo acerca de las contradicciones de la falsa ciencia.⁵

1 Math. XVIII, 20.

2 Apoc. I, 2.

3 Math. XXII, 16.

4 Act. Apost. XV., 19.

5 I. Tim. VI, 20.

Porque si en algún tiempo el celo de la gloria divina y la salud del rebaño del Señor ha pedido de Nosotros el que cerquemos y demos vuelta á Sión, que hablemos desde sus torres y pongamos nuestro corazón en su virtud,¹ principalmente debemos hacerlo en este tiempo, en el cual en verdad la tierra ha llorado y ha decaído infectada por sus habitantes².

Porque véis, Venerables Hermanos, con cuánto ímpetu el enemigo antiguo del género humano ha hostilizado y aun hoy hostiliza á la Casa de Dios, de la que es atributo la santidad. Este enemigo es el autor de esa funesta conjuración de impíos que se ensancha por todas partes, la cual, fuerte por su unión, poderosa por sus riquezas, defendida por sus institutos y teniendo la libertad como velo para cubrir su malicia,³ no cesa de acometer con una guerra terrible, implicada con toda clase de crímenes, á la Santa Iglesia de Cristo. No ignoráis el género de esta guerra, su fuerza, sus armas, sus progresos, sus intentos. Tenéis continuamente ante los ojos la perturbación y confusión de las sanas doctrinas, con las cuales las cosas humanas se apoyan cada una en su clase, la triste perversión de todos los derechos, los multiplicados artificios de mentir y corromper con audacia, con los cuales se disuelven los saludables vínculos de la justicia, de la honestidad y de la autoridad, y se dá pábulo perversamente á todo género de liviandades; la Fé Cristiana se mina por sus cimientos en los ánimos, de suerte que en este tiempo se debiera temer la ruina cierta de la Iglesia de Dios, si fuera posible que se destruyese por algunas maquinaciones y conatos de los hombres. Pero nada más poderoso que la Iglesia, decía San Juan Crisóstomo, la Iglesia es más fuerte que el mismo cielo. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ¿Qué palabras? Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del inferno no prevalecerán contra ella.⁴

Mas aunque la Ciudad del Señor de las virtudes, la Ciudad de nuestro Dios, se apoya en un fundamento inexpugnable, sin embargo, conociendo y compadeciendo en lo íntimo de nuestro corazón tanta aglomeración de males, la ruina de las almas, que para evitarla, esta-

1 Psalm. XLVII, 11, 12.

2 Isai, XXIV, 4, 5.

3 I. Petr. II, 16.

4 Homil. ante exil. n. I.

ríamos preparados á dar aun nuestra vida; Nós que desempeñando las veces del Eterno Pastor sobre la tierra, es necesario que estemos encendido en el celo de la Casa de Dios más que en otro alguno, juzgamos que debíamos tomar el camino que fué más útil y oportuno para resarcir tantos detrimentos causados á la Iglesia. Y considerando frecuentemente aquello de Isaías: "Toma consejo: reúne un consejo;" y juzgando que este remedio se había empleado con feliz éxito por Nuestros Predecesores, en los tiempos más difíciles de la cristiandad, después de largas preces, después de haber consultado con nuestros venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, después de pedir también la opinión de muchos Prelados, juzgamos que debíamos convocaros á esta Cátedra de Pedro á Vosotros, Venerables Hermanos, que sois sal de la tierra, Guardianes y Pastores del rebaño del Señor; y hoy favoreciéndonos la Divina Benignidad que ha quitado los impedimentos para tan grande objeto, celebramos con el solemne rito de Nuestros Mayores el principio de esta Santa Congregación. Son tantos y tan abundantes los sentimientos de caridad de que estamos hoy animados, Venerables Hermanos, que no podemos contenerlos dentro del pecho, porque nos parece que á vuestra vista, vemos presentes á nuestros muy queridos hijos, á toda la familia católica; traemos á la memoria tantas prendas de amor, tantas obras de ánimo ferviente, con las cuales á vuestro impulso, guía y ejemplo, nos han dado, y actualmente nos dan admirables pruebas de su piedad y veneración á Nós y á esta Santa Sede Apostólica; y con este pensamiento no podemos menos que hacer patente en vuestra ilustre presencia Nuestra suma gratitud hácia ellos con una solemne y pública manifestación, y rogar encarecidamente á Dios que la prueba de su fé, mucho más preciosa que el oro, sea hallada en loor y en gloria y en honra cuando Jesucristo fuere manifestado.¹ También consideramos la miserable condición de tantos hombres que engañados se separan del camino de la verdad y de la justicia, y por consiguiente de la verdadera felicidad. Con vehemente anhelo deseamos proveer á su salud, acordándonos de nuestro divino Redentor y Maestro Jesús que vino á buscar y á salvar lo que había perecido. Dirigimos además nuestros ojos á este trofeo del Príncipe de los Apóstoles, á esta hermosa ciudad en que nos halla-

¹ I. Petr. 1, 7,

mos, que por un beneficio del Señor, no fué entregada á la depredación de sus enemigos: á este Pueblo Romano, carísimo á Nós, cuyo constante amor, fé y obediencia nos circundan y nos excitan á ensalzar la benignidad de Dios que ha querido en este tiempo fortalecer y confirmar más y más en Nós la esperanza de su divino auxilio. Mas principalmente os consideramos á Vosotros, Venerables Hermanos, en cuya solicitud, celo y concordia entendemos que está ahora puesto el gran medio para alcanzar la gloria de Dios: conocemos el ardiente empeño que habéis traído para llenar vuestro encargo, y principalmente aquella noble y estrechísima unión de todos Vosotros con Nós y con esta Sede Apostólica, que como en otras ocasiones en nuestras gravísimas angustias, hoy principalmente, nada puede ser más agradable á Nós, nada más útil á la Iglesia; y en gran manera nos alegramos en el Señor, de que Vosotros tengáis de esta suerte preparados los ánimos para que nos excitemos á concebir una cierta y sólida esperanza de los abundantes y más apetecidos frutos de esta vuestra reunión sinodal. Así como quizá jamás se ha encendido otra guerra más perniciosa y sagaz contra el reino de Cristo, así no ha habido tiempo en que más se necesite de la unión de los sacerdotes del Señor, con el Supremo Pastor de su rebaño, de la cual emana en la Iglesia una admirable fuerza, cuya unión ciertamente, por un singular beneficio de la Providencia Divina y por vuestra esclarecida virtud, se ha establecido de una manera tan firme, que se ha hecho un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres, y confiamos que en lo sucesivo se hará todavía más y más.

Ea, pues, Venerables Hermanos, confortáos en el Señor; y en el nombre de su Augusta Trinidad, santificados en verdad, revestidos de las armas de la luz, enseñad con Nós el camino, la verdad y la vida, á la cual el linaje humano, agitado con tantas calamidades, no puede ya menos de aspirar; trabajad con Nós para que pueda restituirse la paz á los reinos, la ley á los bárbaros, á los monasterios la quietud, á las Iglesias el orden, á los clérigos la disciplina, á Dios un pueblo aceptable.

Dios está en este su lugar santo, asiste á nuestros consejos y acciones; Él mismo nos ha elegido por ministros y coadjutores en tan insigne obra de su misericordia, y conviene que nosotros de tal suerte le sirvamos en este ministerio, que á Él solo consagremos en todo este tiempo nuestras mentes, nuestros corazones, nuestras fuerzas.

Penetrados, empero, de nuestra insuficiencia, desconfiando de nuestras propias fuerzas, levantamos nuestros ojos con confianza y dirigimos nuestras preces á Tí, oh Espíritu divino. Tú eres la fuente de la verdadera luz y de la divina sabiduría; envía la luz de tu gracia á nuestras almas para que veamos lo que es recto, lo que es saludable, lo que es mejor: rige, enciende y encamina nuestros corazones, para que los actos de este Concilio rectamente comiencen, prosigan con prosperidad y se terminen con provecho.

Y Tú, oh Madre del hermoso amor, del conocimiento y de la santa esperanza, Reina y defensora de la Iglesia, recibe bajo tu maternal amparo y protección á nosotros, á nuestras deliberaciones, á nuestros trabajos, y con tus poderosos ruegos alcanza de Dios el que permanezcamos siempre en un espíritu y en un corazón.

Vosotros también, Angeles y Arcángeles, Tú, Beatísimo Príncipe de los Apóstoles Pedro, y Tú, coapóstol suyo, Pablo, doctor de las Naciones y Predicador de la verdad en todo el Universo: vosotros también, Santos todos del Cielo, principalmente aquellos, cuyas reliquias aquí veneramos, sed propicios á nuestros votos, haced por vuestros poderosos ruegos, que cumpliendo todos fielmente con nuestro ministerio, recibamos en medio de su templo la misericordia de Dios á quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos.

Por orden del Padre Santo se cambia aquí el ceremonial, y se decide que toda la sesión sea pública, y que la votación se haga por aclamación. Sube pues, á la cátedra, el Obispo comisionado al efecto, y pone á votación el primer decreto, sobre apertura del Concilio, preguntando en alta voz:

“*Reverendissimi Patres, placetne Vobis &c.* Reverendísimos Padres, ¿os place que se abra el Sacrosanto Ecuménico Concilio Vaticano, para bien de la Iglesia, &c?”

Un sonoro *placet* resuena en todos los escaños; baja del púlpito el Obispo, y sanciona el Padre Santo el decreto conforme á lo prescrito en el *Ordo*.

El segundo decreto, votado y sancionado del mismo modo, fija el día de la Epifanía, 6 de Enero de 1870, para la próxima sesión. Los protonotarios apostólicos, notarios del concilio, levantan el acta, y á las cuatro de la tarde termina la solemne y deseada función.

Considerar el inmenso gozo de Pío IX al ver por fin abierto el Concilio convocado en circunstancias tan difíciles, sin que lo hayan podido impedir todos los esfuerzos de los impíos, ni haya dejado la augusta voz del Padre de los fieles de escucharse y obedecerse en los más remotos confines del globo, llena de regocijo el corazón de todo buen católico, y conmueve de alegría las almas de los amantes hijos de la Iglesia. Roguemos, roguemos todos entretanto al Divino Espíritu para que este santo Concilio, iluminado con sus inspiraciones, lleve á cabo felizmente la obra colosal que acabo de inaugurar.
